

Un varón de selección

En el primer aniversario de su muerte y como renovación de nuestra memoria al esclarecido profesor, revivimos la vieja ya pero siempre oportuna página del doctor Luis Rueda Concha sobre Monseñor Cortés Lee.

Vivimos hoy en Colombia la hora menos apropiada para que pueda causar consternación la pérdida de un valor espiritual como Carlos Cortés Lee.

Descendientes de colombianos que leían a Homero y a Virgilio, aprenden hoy inglés para conocer la vida de Rodolfo Valentino, o para estudiar la crítica de un puñetazo de Tunney; y ridículo sería pretender entusiasmarlos ante la perspectiva de leer los comentarios de Gladstone o de Conington sobre los libros que alimentaron la vida espiritual de sus abuelos. El funesto acercamiento a la "estrella polar" nos está dando discípulos aún más aventajados que los maestros.

Y como, además, los considerandos de nuestras leyes de honores son, indefectiblemente, una lista de empleos públicos que el muerto desempeñó, la parte resolutiva de esas leyes, "que presenta la vida del extinto como ejemplo a las futuras generaciones", ha venido acostumbrándonos a mirar la vida parasitaria del burócrata como el único medio de granjear y hasta de merecer la admiración de nuestros conciudadanos; como el único título de honores; como la única forma de ser algo. Tal parece que en la mente de los legisladores de Colombia, al expedir las leyes de honores póstumos, el dilema de "Hamlet" apareciera demasiado genérico y abstracto, y la fórmula "to be or not to be" de-

biera reemplazarse con esta otra: "ser presidente o ministro, diputado o gerente de empresas oficiales; ser empleado público o no ser absolutamente nada". "That is the question".

Y, ciertamente, en ninguna de aquellas categorías se podrán clasificar los títulos con que merece imponerse a la veneración de los colombianos, el sacerdote sabio y austero, que quiso mantener su vida oculta, para obrar el bien por fuera de posiciones vistosas, "sin que la mano izquierda conociera lo que hacía la derecha"; el asceta secular, que observó el difícil "ama nesciri" como canon inflexible de su vida, de la cual podría sacarse, sin la más leve sombra de veleidades, aquella otra máxima de Kempis: "Con los ricos no seas lisonjero, ni aparezcas con facilidad ante los grandes".

Pero, precisamente, lo inaccesible, lo excepcional de estas condiciones en el medio en que vivimos, convierte en un deber para con nosotros mismos, en una obligación de patriótico orgullo, reconocer y proclamar muy alto que, en el doctor Cortés Lee, ha perdido la Iglesia un gran ministro; la elocuencia, un orador insigne y Colombia, un eminente ciudadano; el más clásico y puro, el más completo, el más genuinamente orador de todos los colombianos que honraron la elocuencia en la tribuna, en el foro o en la cátedra sagrada.

"Viviani o la Elocuencia", son las palabras con que Henri Robert caracteriza al león de la tribuna francesa en nuestro siglo. "Cortés Lee o la Elocuencia", podemos repetir los colombianos para recordar al hombre que, en los últimos cuarenta años, con el solo anuncio de su palabra, inundaba de incrédulos y creyentes, de viciosos y de justos, las naves de las iglesias bogotanas.

Sería temerario juzgar a cuáles de los oradores colombianos pertenecerá la gloria que es propia de la elocuencia: el triunfo de vivir en el recuerdo de los que no los oyeron. Mas, para el que vio y oyó en la cátedra sagrada a Monseñor Cortés Lee, aquel hombre extraordinario poseía el conjunto de todas las condiciones que señalaba Demóstenes como constitutivas de la elocuencia: lo espacioso de la frente, la

fuerza de la mirada, la arrogancia del cuerpo, la majestad del porte y de la acción, la amplitud y gravedad melodiosa de la voz, y aquel acento del alma, que hacía estremecer bajo su palabra a cualquiera que lo oyese. El Cardenal Mercier dice que todo hombre es responsable de su figura a los cuarenta años. Y, en verdad, que no sólo el talento y las largas vigili- as de la ciencia, sino principalmente la virtud, habían marcado inconfundible huella en la figura severa de Monseñor Cortés Lee. La verdad de la máxima de Ca- tón, el "vir bonus dicendi peritus", jamás había herido nues- tros ojos con un ejemplo más vivo. Y, si del orador mueren las condiciones puramente físicas, el principio de vida que la virtud comunica a la elocuencia no perece fácilmente. Ni morirá tampoco muy fácilmente la perfectísima naturali- dad, la sobriedad del ornato, la sencillez masculina de la len- gua de Monseñor Cortés Lee, que, adiestrada en el idioma de Crisóstomo, sabía no usar de la palabra sino para el pensamiento.

Porque, si algo elevaba sobre el nivel común a este colombiano privilegiado, era aquella nativa distinción, aque- lla armoniosa mezcla de sencillez y nobleza, de naturalidad y majestad que respiraba toda su persona, y que era como el alma transparente de su estilo. Los que se crean capaces de juzgarlo, nos habrán de decir si fue desigual o inferior a sí mismo en ocasiones. Nadie osará negarle á este prínci- pe de la elocuencia, el haberse mantenido siempre lejos, muy lejos, de lo trivial. Todo en él revelaba el hábito de las cosas dignas y nobles, y una especie de comercio familiar con la grandeza.

La misión de los hombres como éste en el progreso y civilización de un pueblo, no es "empuje violento y tras- tornador, ni ostentación brillante pero vana", y por eso los miopes intelectuales la consideran débil, oscura y nula; su labor es lenta y suave y, por lo mismo, fecunda; modesta en los medios y en las formas, pero, en hecho de verdad, inmensa y gloriosísima; su destino es ser maestro; realizar entre sus contemporáneos un tipo de belleza espiritual que, enamorando a las almas bien nacidas, eleve sus ideales y amplíe la visión de su porvenir. El espíritu de hombres

como Carlos Cortés Lee vive en la justicia de los propósi- tos, en la elevación de miras y en la nobleza de los senti- mientos que guían a ciudadanos y gobernantes en el me- dio en que ellos han nacido. Y, por lo mismo, la pérdida de esos hombres produce un vacío irreparable.

LUIS RUEDA CONCHA

Profesor que fue de Etica en el
Colegio del Rosario.

